

NORA Z. WILSON

CRÓNICAS DE LA MAGIA DEL MUNDO I



DEL  
FONDO®

# **ÍNDICE**

PRÓLOGO .....	9
1. DE CÓMO NACÍ, CRECÍ, DESCUBRÍ MIS PODERES Y CASI ME ASAN VIVA .....	11
2. DE CÓMO ME ENTERÉ DE QUE ERA MAGA E INICIÉ MI EDUCACIÓN, APRENDÍ ALGO DE MÍ Y DI CON UN NOMBRE .....	39
3. DE CÓMO CONOCÍ A LOS TRES REYES MAGOS, PASÉ RATOS DEMASIADO ABURRIDOS COMO PARA CONTÁRSELOS Y OTROS QUE NO PUEDO NO RELATAR.....	53
4. DE CÓMO ENTENDÍ ALGUNAS COSAS SOBRE EL EQUILIBRIO, ENCONTRÉ UN MAESTRO, LO PERDÍ POR IDIOTA Y ARRUINÉ ESPECTACULARMENTE MI FUTURO .....	79
5. DE CÓMO CONOCÍ A BÉRENGER, INICIÉ MI CAMINO Y... YA ME ESTOY ABURRIENDO UN POCO DE ESTOS TÍTULOS QUE, ADEMÁS, ME PARECE QUE HAN QUEDADO UN POCO FUERA DE MODA .....	97
6. DE CÓMO INICIÉ MI PRIMERA MISIÓN Y, POR LO VISTO, DECIDÍ CONTINUAR CON ESTOS TÍTULOS.....	109
7. DE CÓMO CONOCÍ LA SEDA, A UNA PRINCESA Y UN POCO MÁS DE CÓMO FUNCIONA EL BALANCE .....	127
8. DE CÓMO VIAJÉ MUY INCÓMODA, CONOCÍ UNA LEYENDA Y TODO VOLVIÓ A CAMBIAR.....	145
9. DE CÓMO QUEDÉ SIN RUMBO EN EL BOSQUE Y LUEGO YA NO .....	167
10. DE CÓMO APRENDÍ LO ÚNICO QUE DEBÍA SABER SOBRE SÁNDALO .....	193
11. DE CÓMO APRENDÍ SOBRE ALFOMBRAS Y ZAPATOS, DESCUBRÍ LOS MILAGROS QUE SE OCULTAN TRAS EL DOLOR Y, DUDANDO DE TODO, HALLÉ MI CERTEZA ....	215
12. DE CÓMO FINALMENTE TUVE VALOR, ME DIERON UNA MISIÓN IMPOSIBLE, CONOCÍ A MI NUEVA PARTIDA (INCLUSO MÁS DE LO QUE HUBIERA QUERIDO) Y NO PARÉ DE METER LA PATA.....	247
13. DE CÓMO VOLVÍ A CONOCER A QUIENES YA CONOCÍA, ME ACERQUÉ A UN TERRORÍFICO CABALLO Y APRENDÍ SOBRE ÉL.....	277
14. DE CÓMO AL FIN ME LIBERÉ DE MIS VIEJOS ENEMIGOS, UN CABALLO ACEPTÓ CONFIAR EN UN LOBO Y TUVE QUE ADMITIR QUE EL IDIOTA DE JURIAN ERA BRILLANTE .....	299
15. DE CÓMO CREÍ PERDER LA RAZÓN, DESCUBRÍ CUÁL ERA LA RAZÓN DE ESO Y NOS RESCATAMOS UNOS A OTROS .....	321

16. DE CÓMO DEJÉ DE OÍR Y APRENDÍ A ESCUCHAR.....	359
17. DE CÓMO SE CRUZARON INDESEABLES, TRAICIONES, DONES Y ESPACIOS SEGUROS... E INSEGUROS TAMBIÉN .....	379
18. DE CÓMO TODOS FUIMOS ATRAVESADOS POR EL MIEDO .....	423
19. DE CÓMO ME CONDUJE A CIEGAS, FUI PERDONADA POR LAS HADAS, LOGRAMOS ESCONDERNOS DE TALAMH Y TALAMH NO DE NOSOTROS .....	453
20. DE CÓMO LLAMAMOS AL CONSEJO Y CONOCÍ ALGO MÁS DE LOS INDESEABLES, Y VOLVÍ A ENCONTRARME CON EL MALDITO DONNACHAD .....	463
21. DE CÓMO ENCONTRAMOS Y FUIMOS ENCONTRADOS... Y LUEGO NOS PERDIMOS .....	485
22. DE CÓMO ME ENCONTRÉ EN EL CASTILLO, PERO NO EN ESE.....	505
23. DE CÓMO QUEDÉ FRENTE A FRENTE CON MI ALMA NEGRA, ASUMÍ MI DESTINO, ME INICIÉ EN EL CLAN <i>UISGE</i> Y ENCONTRÉ MI PODER.....	535
24. DE CÓMO... NO SABRÁN NADA HASTA QUE LO LEAN .....	563
AGRADECIMIENTOS .....	591



*A todos los que no pertenecen.  
A quienes no logran entenderse  
o se niegan a etiquetarse.*

*A los bichos raros y almas sensibles,  
y a quienes viven la vida intensamente  
y no dejan de aprender ni de reír,  
aunque hagan ruido de chanco.*

*El mundo vibra gracias a ustedes.*







## PRÓLOGO

**M**i nombre es Francisca. Bueno, en realidad no es mi nombre real, pero es el único que van a conocer.

Ahora que lo pienso, quizás les diga otro, pero también será inventado. El verdadero nombre es el secreto mejor guardado de un mago, ya que cualquiera que lo sepa puede hacerle mucho, mucho daño. Y yo soy una maga.

Cuando se empieza un relato, a quien lee le gusta darse una idea del personaje. Y para ustedes soy eso, un personaje, ya que no podrían creer que mi historia haya sido real y, de hecho, cuento con eso. Así que aquí lo tienen: soy fea. Intentarán encontrarme una belleza por ahí, porque es más fácil seguir la historia de alguien que en el fondo es bella, o que tiene algo, o que se quita las gafas... Bueno, no. Soy realmente fea. Siempre lo he sido. Como encontrar una laucha en el guiso. Ojos saltones y marrones, la mandíbula prominente y puntiaguda, la nariz larga y ganchuda, boca grande, cabello negro... O marrón oscuro. De verdad, ¿cuál es el límite entre cabello negro y marrón oscuro? En fin. He atravesado muchas épocas y muchas maneras de ser bella, y en ninguna de ellas he dejado de ser fea. De modo que podemos ir dejando ese asunto, ¿de acuerdo? Soy fea.

Quiero escribir esta historia mientras aún la recuerde bien. Cuanto más pase el tiempo, los detalles que retuve durante siglos se irán perdiendo. Disculpen si en algún momento me expreso de un modo difícil de comprender. Intentaré no hacerlo, ¿de acuerdo? Pero he vivido en muchos y muy variados sitios y en muchas y muy distintas épocas, he hablado muchos idiomas y



he conocido idiomas que ya no parecían el mismo unos siglos después, y a veces olvido cómo es que se dicen las cosas ahora. O aquí. Así son los tiempos de la *síorbheatha*: los años parecen días, los siglos parecen semanas.

También, espero, entiendan que el mundo era muy distinto cuando nací. Deberán hacer el esfuerzo de comprender que era un mundo en el que se vivía diferente, se pensaba diferente y se amaba diferente. Y si algo les parece cruel, rudo o injusto, quizás lo era y quizás no. No traten de entenderlo con los ojos de esta época. Dejen que los guíe. Sígueme. Después de todo, he guiado un ejército contra las fuerzas más oscuras de este mundo y los demás.

Pero me estoy adelantando al relato...







# 1

## DE CÓMO NACÍ, CRECÍ, DESCUBRÍ MIS PODERES Y CASI ME ASAN VIVA

**N**ací en una noche de tormenta, cerca de una pequeña aldea de la *provençe* francesa llamada Saint-Philippe, en algún momento del siglo XIII. Mi primer llanto coincidió con el impacto de un rayo que incendió un roble junto a nuestra casa, el que daba nombre a nuestra familia. Madre siempre dijo que con eso tendría que haberse dado cuenta de que yo iba a ser una mala noticia constante.

Crecí a la sombra de un hermano mayor al que adoraba. Una sombra segura y comfortable. Milon tenía cinco primaveras más que yo y había visto morir a los nueve niños que lo habían seguido. Algunos nacían y morían. Otros salían muertos a los pocos meses. Madre me tenía harta con esos niños. Seguía empeñada en sumar varones para arar los campos y, cuando yo nací hembra, probablemente pensó que bastaba esperar unos días a que muriera y se libraría de mí. Pero mi hermano me tomó en sus brazos y prometió que yo iba a vivir muchos años. Y sí que había que tomar muy en serio las promesas de mi hermano.

Mi madre nunca volvió a engendrar.

—Estoy segura de que me envenenó el vientre —la oí decirle a una prima un día caluroso de verano, en que una lluvia se cernía y el aire parecía detenido y yo no había logrado dormirme para la siesta.





—Pero es bueno tener niñas, Ysarie —aseguró—. Te ayudará en tus tareas de la casa.

—No esta. Es una inútil.

Y en eso tenía que darle la razón. Recuerdo que suspiró y dijo su frase favorita:

—Pensar que podría haber sido condesa.

Nadie creía que madre pudiera haber sido condesa, salvo ella misma. Era una campesina ignorante y su destino era casarse con un campesino y ser campesina. Había sido bella. La más bella de todo el condado, se decía. Era tan hermosa que la voz se había corrido y el mismísimo conde le había demandado a mi padre que la cediera en su noche de bodas como condición para autorizar el casamiento. Eso no era una ley ni, mucho menos, un derecho. Era simplemente el señor haciendo lo que se le antojaba y los siervos aceptando sin cuestionar.

Mi hermano era tan valiente y noble que había quienes decían que en realidad era un bastardo del señor y, de verdad, no se parecía a padre. El cabello oscuro, los ojos profundos y la elegancia de junco de mi hermano no tenían nada que ver con sus ojos claros y deslucidos, su cabello del color del trigo y sus mejillas rojas llenas de venas. Madre negaba la posibilidad —después de todo, se parecía más bien a ella—, pero tibiamente, para que la sospecha siguiera viva.

Pobre padre. Madre no perdía nunca la oportunidad de hablar del conde, sin entrar nunca en detalles que vulneraran su decoro, por supuesto, pero deleitándose en todos los demás. En el palacio había tantas velas que la noche parecía el día, y lujosos tapices con bordados de unicornios separaban los espacios y mantenían el calor de los fuegos en los centros de cada habitación —solo había estado en dos: el gran salón y la recámara del señor, pero le encantaba hacer creer que había recorrido el castillo—. La habían bañado en un gigantesco cubo de agua tibia y perfumada con pétalos de rosas.

La habían alimentado, y ella contaba —y nadie le creía— que le habían servido una verdadera pata de venado, cazado esa



misma tarde, vivamente roja y sin vinagre. Que la carne era dulce y pesada, acompañada por las batatas con romero y miel y el *vin épice* más delicioso que hubiera bebido jamás. Unos cacharritos con forma de dragones la observaban comer, y se lavaba los dedos mucho más de lo que era menester por el placer de usarlo. La silla del señor tenía detalles de oro e incrustadas gemas de la mejor calidad. No sé cómo mi madre podría haber sabido qué calidad tenían, pero nunca dejó de repetirlo. Por supuesto no había comido con él, solo con su silla. La habían desvestido no una, sino dos doncellas, y la habían acostado sobre sábanas de seda del oriente, suave como nada que jamás hubiera tocado antes ni después. Recuerdo pasar mi infancia preguntándome cómo sería de suave la seda. El conde era grande y elegante; moreno, de espaldas anchas y con las sienes canas. Y cuando llegaba a ese punto del relato, siempre suspiraba y daba una oteada amarga en derredor.

La gente pobre nunca debería saber cómo viven los ricos. Esa noche pudo desde la raíz el matrimonio de mis padres y la vida de los dos. Mi madre sentía que unas horas después de unirse para siempre a un campesino que conocía poco y mal había descubierto la vida que podría haber tenido junto a un conde. Estaba convencida de que, si no se hubiera casado, eventualmente él le hubiera pedido que fuera su esposa. Ridículo.

Presa de una amargura cotidiana, su hermosura había ido mermando. Sus ojos verdes, que decían que en su juventud hubieran puesto celosa a Santa Lucía, se habían ido apagando y achicando, rodeados por las arrugas del trabajo al sol. Su piel blanca se había curtido y en su boca se había marcado el eterno gesto del disgusto. Los sucesivos embarazos habían devastado su dentadura y dejado flácidas sus carnes. Sus dedos se habían torcido un poco y su pelo había caído muchas veces y ya raleaba.

A mis tres o cuatro años, mi madre había empezado a enseñarme a ser mujer. Mientras las demás niñas aún jugaban, correteaban por ahí y resbalaban por las raíces de los árboles, gastadas por años y años de traseros, me prohibió el columpio y



me dijo que una niña de mi edad ya no debía estar ociosa. Padre se lo había discutido tibiamente, pero luego había cedido ante ella. Solo me permitía cargar de aquí para allá una muñeca de madera que Milon me había hecho porque la convenció de que me prepararía para ser madre. Era mi juguete favorito, y el único.

Milon trabajaba el campo con padre. A veces venía a decir que padre necesitaba ayuda, y me sacaba de la casa para que pudiera escapar al columpio o a jugar a la cuerda con otras niñas. Padre lo sabía y miraba hacia otro lado. Pero cuando madre me descubría, por cada diez azotes que yo recibía, Milon recibía uno por haber dejado que me escapara. Nunca permití que confesara que él era el que me incitaba. Si intentaba defenderme, lo insultaba y lo llamaba mentiroso, y si madre nos hubiera conocido mejor, hubiera sabido que lo estaba encubriendo, pero mi reputación de inservible ya estaba establecida, así que nada hacía una mosca más en la miel. Ella decía que yo había nacido con el Diablo en el cuerpo. No podía sacárselo de la cabeza, así que al menos lo usaría para proteger a Milon. Compartíamos juegos a la noche antes de dormir, y los domingos me azotaban casi siempre por reírnos en la misa.

A mis cinco o seis años, mi madre empezó a enseñarme a tejer y a limpiar. Luego, fui aprendiendo a coser y a cocinar. Todo lo hacía mal. Sencillamente, me aburría, no podía quedarme en ninguna tarea. Olvidaba si la siguiente puntada tenía que ser desde arriba o desde abajo, y enredaba una y otra vez el hilo. Madre podía decirme seis mil veces: «Sale por arriba, entra por arriba, sale por abajo, entra por abajo», y yo lo hacía al revés. Vivía regañándome, porque dejaba la ropa a medio zurcir, olvidaba la comida en el fuego, daba de comer a las gallinas, y luego me distraía y no alimentaba a las demás bestias, o me olvidaba de cerrar el corral. Padre decía que vivía en las nubes. Madre decía que era una mala semilla.

A mis once años, me vino la primera sangre. Madre me azotó. Dijo que eso no les sucedía a las niñas buenas tan temprano, y que mis senos estaban volviéndose muy grandes. Yo ni siquiera sabía



qué sucedía. Finalmente, lo aceptó, y empezaron las competencias con Madelaine. La prima Madelaine —todos estábamos más o menos emparentados— tenía las ropas y mantas más impecables de toda la historia de la femineidad. Se ufanaba en eso. Lograba sacar hasta la última mancha, mientras que yo ya tenía casi toda mi ropa de diario con aureolas amarronadas. Madre la ponía como ejemplo todo el tiempo, a ella y a sus senos pequeños y castos, maldita sea, yo no sabía dónde meter los míos, que vivían fajados, y ella sonreía cuando nos visitaba y le ofrecía a mi madre llevarse mi ropa para lavarla. Yo la odiaba en secreto y me afanaba para lograr que las manchas desaparecieran de mis faldas, pero no lo lograba. Parecía la sangre más resistente del mundo. O yo, la lavandera más inútil.

Y entonces murió Milon.

Milon había conocido a su muchacha de las hierbas en la feria de Beaucaire, la más importante de Languedoc, donde habíamos ido a vender la cosecha excedente de ciruelas, cebollas y nabos. Estábamos a un día y medio de viaje. Ese año, Milon había desaparecido varias veces dejándome a cargo del puesto mientras padre iba a beber cerveza. La feria había pasado y, en un susurro, en el viaje de regreso, Milon me había confesado que había tenido un romance con una muchacha que vendía hierbas medicinales. Se llamaba Bana y habían acordado casarse el año entrante cuando ella regresara al Languedoc. Milon pasaría este año construyendo una casa para ambos y hablaría con su padre en la siguiente feria. Pasé días imaginando cómo sería esa reina de las hadas que había logrado enamorar a mi hermano, dispuesta a asesinarla si no era digna de él. Pero al poco tiempo apareció en nuestra granja: estaba esperando un hijo de él. Y sí, sí era hermosa, muy hermosa. Milon ya era un hombre de unos diecisiete años y quiso casarse. Pero la familia de ella tenía dinero y mi madre tuvo miedo de que se vengaran de ella y de padre por haber arruinado su reputación, de modo que dijo que Milon no era el padre y que, si alguna vez se le ocurría volver a pisar su terreno, o si volvía a intentar meter a su bastardo en nuestro



hogar, los mataría a ambos. Milon no supo cómo actuar. Intentó decirle a madre que el niño sí era suyo, pero no quiso escucharlo y echó a la muchacha amenazándola con un palo. Madre le prohibió ir tras ella.

Todos se dieron cuenta de que Milon ya no era el mismo. Su vitalidad, su ímpetu, su alegría habían desaparecido. Un hijo suyo crecía en un vientre y jamás lo conocería. Ni siquiera yo logré alegrarlo. Hacía sus tareas en el campo con la mirada vacía y la mente ausente, hasta el día que el arado atrapó su pierna y le pulverizó buena parte del hueso.

Los primeros días, luego de la amputación, parecía que estaba mejorando. Incluso padre había comenzado a construirle una pata de palo para que pudiera volver a acompañarlo, aunque miraba fija y tristemente la pared sin hablar con nadie. Pero entonces apareció la fiebre. Y los humores malignos y los delirios. Llamaba a su muchacha de las hierbas y a su bebé. No me moví de su lado en tres días, y al cuarto amaneció muerto. Mi llanto despertó a mis padres. Mi padre me sostuvo de la mano. Ni él ni yo sabíamos qué hacer.

Lo enterramos al día siguiente por la tarde. La primera y última vez en mi vida que recuerdo que padre se impuso a madre fue para permitirme enterrarlo con la muñeca que me había hecho entre sus manos.

Alrededor de mis catorce, y sin ninguna perspectiva de casarme, madre aceptó que estaba criando una solterona. Aunque lo cierto era que las mujeres en el campo no se casaban hasta pasados los veinte, supongo que mi madre ya había visto la total falta de interés que yo generaba en los varones de la aldea, que serían los únicos que conocería en mi vida. Temerosa de que me volviera al pecado, empezó a hablar de cómo debía destinar mi vida a la castidad, que era el llamado divino para las mujeres, que debería aprender a ayudar a padre en los campos como solía hacerlo Milon y cómo la cuidaría cuando fuera vieja —como si no lo fuera ya: pasaba los treinta—.



A esta edad, con el futuro perdido y condenada, si llegaba a vieja, a ser despreciada y mirada con sospecha como todas las viejas solteronas, demasiado pobre para ser monja y demasiado fea para ser esposa, empecé a rebelarme.

Nos vimos durante los carnavales. Thibault era el sobrino del panadero y, el día anterior, su voz grave, muy grave para su edad, me había calado hasta los huesos. No es que nunca lo hubiera visto, pero sus tierras estaban lejos de las nuestras y la última vez ambos éramos niños. Me dijo que al día siguiente, al atardecer, durante el desfile de los tontos, nos encontraríamos en el cementerio. No habría nadie allí. Me dijo que era bella. Nunca nadie me había dicho que era bella.

Me preparé con esmero para el encuentro. Me puse mi vestido verde —el que menos remiendos tenía— y peiné mi pelo de paja. Madre me miró con suspicacia. Traté de disimular mi entusiasmo.

Quería escuchar de nuevo esa voz. Había pasado el día soñando con una conversación respaldados en las lápidas, mirando las estrellas. Me daría miedo de los muertos, pero él me abrazaría, me besaría y, poco a poco, me sacaría la ropa y el temor. Haríamos el amor bajo las estrellas. No dolería —como decía mi prima Bathilde que le había ocurrido a ella— y, cuando regresara a casa y me azotaran, no me importaría.

Cuando llegué, aún no estaba ahí. Algo inquieta, sola en un cementerio al atardecer, me sobresalté con cada ruido hasta que lo vi llegar a lo lejos. Le sonreí.

—Esta luz te favorece, Jeanne.

Jeanne tampoco es mi verdadero nombre. Es inventado. Pero iremos con ese.

Finalmente llegó hasta mí y se acercó a besar mis labios. Me había preguntado cómo se sentiría ese beso todo el día. Después de todo, era el primero. Pero no tuve mucho tiempo para sentirlo, porque se volvió de inmediato demasiado fogoso y luego se interrumpió en seco. Se separó, me dio vuelta y me inclinó sobre una lápida. Me levantó el vestido.



—Oye, espera. Nunca lo hice antes, soy...

Y entonces lancé un grito de dolor agudo cuando entró en mí. Chistó con suavidad para que me tranquilizara mientras me agarraba los senos y se movía con embates firmes y algo brutales. Intenté convertir mis gritos en quejidos lo más silenciosos posibles, pero los ojos se me llenaron de lágrimas y solo podía morderme los labios.

Recuerdo el insoportable dolor en las entrañas, la piedra clavándose una y otra vez en mis costillas, y el líquido tibio que bajaba por mi entrepierna.

—Jesucristo, estás tan... Diablos.

Hizo con la garganta un ruido desagradable, me clavó los dedos en la cintura, se hundió, atravesando mis tripas como una espada al rojo vivo, y finalmente acabó. Se apoyó un rato en mi espalda, jadeando, mientras yo intentaba sostener su peso y la lápida seguía clavada en mis costillas. Y, luego de calmarse un poco, se incorporó y salió de mí.

—Me has ensuciado.

Se limpió los dedos contra mi muslo y me agarró una nalga.

—No eres tan bonita, pero ha estado muy bien.

Empecé a acomodarme la ropa, convenciéndome de que eso había sido todo. ¿Este era el famoso acto por el que todos perdían la cabeza? ¿Qué demonios podía impulsar a una mujer a perderlo todo por hacer esto con alguien que no fuera su esposo?

Me agarró el pelo de la nuca y me dio un beso que no le respondí.

—Límpiate, *d' accord?* Adiós.

Y eso fue todo. Mientras se alejaba, me miré las piernas, que tenían un reguero de sangre mezclado con otro líquido, pastoso y blanco. Me limpié como pude con manojos del pasto que crecía junto a la lápida.

Cuando llegué a casa, aún no había nadie. Aproveché para lavarme. Madre y padre llegaron tristes y agotados. «Jeanne, estabas aquí», me dijo padre, y me abrazó. Tartamudeé que me





había sentido mal o algo así, y mi madre, borracha, se echó a llorar por Milon.

Viví aterrada la siguiente semana, preguntándome cómo había sido tan idiota de arruinar mi vida para hacer enojar a madre. Fui complaciente con ella, intenté ser una hija ideal mientras el miedo me atenazaba de forma constante, porque sabía que tendría que darle la noticia del embarazo tarde o temprano. Cuando pasados diez días mi sangre bajó con normalidad, respiré y prometí que dejaría de ser tan imbécil en el futuro.

No cumplí. Han corrido siglos y aún no cumplo.

No pasó mucho tiempo. Quizás una semana. Fue en la misa que noté los insistentes ruidos que hacía Bathilde durante la interminable letanía en latín. Cuando al fin la miré, abrió grande los ojos, vocalizando «¿Es cierto?». ¿Thibault había hablado? ¡Maldito! Le dije con un gesto que no sabía a qué se refería. Vio hacia ambos lados y me hizo un gesto obsceno del que no pude no reír. Madre me dirigió una mirada helada. Al rato me atreví a volver a mirar a Bathilde, y sus ojos seguían clavados en mí. Asentí. Esta vez su reacción le ganó a ella una reprimenda.

Una semana después, había cambiado mi lugar en la aldea. Había feria local y habíamos colocado nuestro puesto. Bathilde, su amiga Alyse y otras chicas con las que no había hablado jamás de pronto me preguntaban, entre susurros, cómo había sido. No iba a contarles la humillante verdad, de modo que les relaté una fantasía que me hacía quedar como una suerte de Isolde depravada en un cementerio. No le di a Thibault el lugar de Tristán, por supuesto, sino que lo convertí en un enamorado desesperado por mi atención a quien finalmente había rechazado luego de usarlo. Cuando terminó la venta, aprovechando que había ido solo con padre —que, cuando Madre no estaba, se mostraba un poco más blando conmigo—, logré conversar con mis nuevas amigas mientras él pasaba un rato en la taberna.

Para cuando volvimos a casa, intentando disimular que todo me daba vueltas y que me costaba hilar las palabras por



tanto hidromiel que me habían hecho tomar, sentía dentro un calorillo juguetón. Jeanne, la puta del cementerio. Por lo visto, era mi nuevo apodo, y me daba un cierto orgullo. No se lo dirían a sus madres, no serían tan idiotas de hacerlo llegar a la mía. De pronto, era alguien entre las chicas de Saint-Philippe. Era una chica mala. Era una mala influencia. Era *Jeanne la pute*.

Y entonces vino la segunda rebeldía. Y esa se me fue de las manos.

«Jeanne, la puta» tenía la misma madre que «Jeanne, la fea aburrida de siempre», de modo que solo podía ver a mis nuevas amigas durante la misa. Fue a la salida, mientras madre rezaba un rosario por el alma de mi hermano, que Bathilde me dijo que esa noche se reunirían en el antiguo tejo, unos cien pasos dentro del bosque. Todos conocían el antiguo tejo. Augustine, otra de las «chicas malas», que se acostaba con el hijo del tabernero, había conseguido arrancarle una bota de vino para beber entre todas.

Me daba miedo el bosque, sobre todo de noche. Aunque nunca había visto un lobo, los oía constantemente. Pero aislada por mi madre desde los cuatro años, fea, sin habilidades y sin ninguna elegancia, no iba a desperdiciar la racha de popularidad que me había tocado y que era probable que fuera el último tiempo bueno de mi vida de solterona, ya que, en definitiva, no tenía interés en volver a tener sexo. No entendía cómo Augustine podía hacerlo por una bota de vino.

Esa noche, madre tardó en conciliar el sueño. Dormíamos los tres sobre el suelo cubierto de paja alrededor de un nicho de piedras en el que bailoteaba el fuego, de modo que cualquier movimiento era fácil de escuchar. Pero, por fortuna, una vez que mi madre dormía, moría. Yo solía aprovecharlo para salir a dar una vueltecita por los alrededores de la casa. Me sentía mucho más viva de noche que de día. El fresco me revitalizaba y me daban ganas de husmearlo todo a la luz de la luna. Me sentía libre cuando mi madre y todas sus palabras dormían. Luego, ella me insultaba porque era casi imposible despertarme al amanecer sin el chorro de agua en la cara.



Me levanté muy lentamente, maldiciendo, con palabras que madre jamás admitiría, cada vez que una brizna de paja se quebraba, es decir, todo el tiempo. Me puse de pie y di la cabeza contra la bolsa de cebollas que mi madre colgaba del techo para mantenerlas alejadas de los ratones y otras alimañas. Las cabras y ovejas dormían con nosotros por la noche, y tuve pánico de que despertaran y dieran la alerta. Atravesé en silencio el espacio vacío que era el de Milon y que nadie se había atrevido a ocupar. Me até las botas afuera y me envolví en un chal de lana que había pertenecido por lo menos a la abuela de mi abuela, de modo que tenía más huecos que lana. Y corrí.

No recuerdo que nunca antes me hubiera sentido más libre que en ese momento. Sentía los cascabeles y panderos de las fiestas en mis oídos, marcando el ritmo acelerado de mi corazón mientras corría, ya hacía tiempo sin aire (difícil respirar cuando corres con pechos grandes), pero sintiendo que volaba. Llegué sudorosa en medio de la noche fría, con el pelo trenzado y más feliz de lo que había estado nunca.

—*Salut!*

Mis nuevas amigas me respondieron el saludo, contentas de verme.

La charla fue estúpida e intrascendente. Éramos cinco. Todas nos reíamos de nuestras pequeñas picardías, como si fueran grandes y terribles hazañas. Comenzamos a cantar una canción y a bailarla en el bosque, y mi prima Bathilde empezó, con Alyse, a hacer un baile con movimientos muy sensuales. Lo hacían juntas, vientre contra vientre, y si hubieran sido un hombre y una mujer, hubiera pensado que estaban tratando de hacer el amor. Quedé confundida.

Augustine descorchó la bota de vino con los dientes y dio el primer trago. Bramó, luego, y rio. Era mucho más fuerte que el hidromiel o la cerveza que de cuando en cuando nos permitían nuestros padres en las fiestas. Incluso estaba allí la imbécil de Madelaine ropitas limpias, que dio un trago largo y luego eructó. Todas reímos, y la noche fría se volvió cálida. Desapareció el



temor a los lobos, amparadas a la sombra del tejo. Me dio la bota a mí, y la limpié con disimulo. No por compartir el vino dejaba de despreciarla. Di un largo trago que me quemó de la lengua al estómago y me llevó calor hasta la punta de los dedos. Pero era delicioso. Di otro trago, y Alyse, que había dejado de hacer de esposo de Bathilde, me insultó para que se lo pasara a ella.

—*Sanguis Christi* —le dije imitando al sacerdote, y todas estallaron en risas, llamándome hereje.

¿Qué mejor para sustentar una mala reputación que ser una borracha hereje? Alyse no se quedaba atrás. Dijo «Amén» y, empujando la bota, dio varios tragos seguidos y, de pronto, con un grito, arrojó la bota al suelo, escupiendo como si su vida dependiera de eso. El líquido comenzó a manar lentamente de esta, denso y brillante, un instante antes de que Alyse lo gritara:

—¡Sangre!

—¿Qué haces, idiota? —reclamó Augustine, levantando rápido la bota, irritada.

—¡Es sangre!

—¡Qué estúpida eres, Alyse! ¿Nunca bebiste vino? —inquirió, tomando un trago, y luego su cara se transformó en una máscara de terror, mirando fijo la bota, con una gota rojiza que colgaba de su labio.

—¡Te lo dije! —gritó Alyse, histérica.

—Pero... era vino... ¿Cómo...?

Se produjo un silencio. Entonces Madelaine me señaló.

—Fue ella. ¡Ella dijo «Sangre de Cristo» y el vino se convirtió en sangre de verdad!

—¿Yo? —Intenté reír, sintiendo cómo el miedo me paralizaba el pecho—. ¿Cómo podría haberlo hecho?

—Es una hechicera.

—¿De qué hablan? —Traté de reír de nuevo, pero nadie más lo hacía—. Yo no... yo no soy una hechicera.

—Tuvo sexo en un cementerio —acusó Augustine.

—¡Porque no había nadie! —Trastabillé hacia atrás y ellas avanzaron—. ¡Tú lo hiciste en toda la aldea!



Y, mientras tanto, detrás de ellas, Bathilde dio vuelta la bota y dejó caer la sangre, inconfundiblemente sangre, sobre el suelo del bosque. Me miró con miedo.

—¡No soy una hechicera! Soy... solo yo. Soy vulgar. ¡No soy una hechicera!

Ellas seguían avanzando, con su temor convirtiéndose en ira. Tropecé con una raíz y caí, y en ese momento, a la mitad de la noche estrellada, un rayo impactó sobre el tejo antiguo, provocando un estruendo que arrojó a todas por el piso. Comenzaron a dar alaridos histéricos y a gritar «Hechicera» mientras el fuego iba ganando la copa del tejo. Me levanté como pude y traté correr, pero un piedrazo de Madelaine me alcanzó y me hizo caer de nuevo.

—¡Hija del demonio!

Entonces realmente temí por mi vida y me cubrí la cabeza. Sopló un vendaval que propagó el fuego a los árboles vecinos.

—¡Se incendia el bosque! —comenzó Bathilde, y las demás la siguieron con desesperados alaridos de auxilio.

El viento se hizo más fuerte. Y más. Ellas intentaron escapar, pero el viento no nos permitía movernos. La tierra me dejó ciega. Intenté desplazarme a gatas, avanzando muy lentamente mientras los chisporroteos se extendían a mi alrededor y lenguas de fuego caían cada vez más cerca de mi espalda.

Los primeros hombres comenzaron a llegar, en camisa de dormir, con cubos de agua, y me sentí a salvo. Trataban de apagar el fuego, pero era una tarea para gigantes. Entonces vi a padre, que no entendía qué hacía yo ahí.

—¡Papá! —exclamé y me arrojé llorando a sus brazos.

Él me abrazó, desconcertado, y el viento arreció. Una gota cayó en mi cabeza y luego otra en mi mano, y cuando levanté la cara al cielo encapotado, vi cómo empezaba a caer la lluvia que terminaría por apagar el incendio del bosque.

—Gracias a Dios —susurró padre, abrazándome con fuerza.



—¡Qué demonios hicieron! —exclamó Luc, de la tierra junto a la nuestra, encarándonos a las del grupo que, pese a los esfuerzos de todas, seguíamos juntas.

Me aparté de padre para mirarlas, empapada, intentando rogarles con la mirada que no me delataran. Pero un rayo de luz de la luna, que seguía brillando entre las nubes y la lluvia, había caído sobre el rostro lleno de sangre de Alyse, que era, dicho sea de paso, la hija de Luc.

—¿Qué tienes ahí, por Cristo?

Ella llevó los dedos a su mentón y se los miró. La sangre estaba licuada con la lluvia, pero era inconfundible. Comenzó a temblar y me señaló.

—¡Es ella! ¡Es Jeanne, es una hechicera!

—¡Nos obligó a venir al bosque y beber sangre! —se sumó la maldita Madelaine.

—¡Fornicó en tierra consagrada! —me acusó Augustine.

—¡Es una hechicera! —insistió Alyse, y las demás la apoyaron a los gritos.

Y Bathilde bajó la mirada, incapaz de defenderme. Yo tampoco podía. No entendía nada de lo que estaba pasando y comencé a temblar de miedo y de frío. Me dejé caer de rodillas, me envolví en el chal empapado y miré a mi padre, que me observaba desenchajado. Solo se escuchó la lluvia y las últimas ramas incendiadas cayendo por un rato.

—Jean Baptiste —le dijo Luc a mi padre—. ¿Qué vas a hacer con tu hija?

El silencio se extendió, doloroso, la mirada aterrada y celeste de mi padre.

—Ella no es mi hija.

Sentí que me quedaba sin alma y sin aire cuando se dio la media vuelta y comenzó a alejarse, con el balde en la mano y el paso derrotado.

—¡¡Papá!!

No volteó. Luc y otros hombres me apresaron por los brazos. No me resistí. Después de todo, ¿a dónde iba a correr?





Estuve dos días atada a un tronco cerca de la parroquia, sin comida. Una niña de la aldea se acercó a escondidas el segundo día para darme algo de agua para beber. Era una chiquilla a la que una vez había ayudado a salir de un pozo, y siempre que me veía por ahí me abrazaba. Se lo agradecí de corazón. Fue la única que me mostró algo de amabilidad, pero luego escapó corriendo y ya no volvió.

Fue la primera de muchas veces que estaría presa, ya se darán cuenta de que tengo una tendencia a dejarme atrapar.

La gente de la zona pasaba por delante y me ignoraba o me escupía. Los brazos me dolían, la cabeza me picaba como los mil demonios, apestaba y estaba agotada, ya que llevaba tres noches apenas dormitando.

Los juicios solían resolverse rápido, tanto el párroco como el enviado del señor de la Tierra estaban en la aldea. ¿Por qué no me juzgaban ya? Y, al mismo tiempo, estaba aterrada de que lo hicieran. Yo no tenía ninguna defensa más allá de repetir una y otra vez que no lo había hecho. ¿Y estaba tan segura de que no lo había hecho? Después de todo, ¿no me decía a cada instante mi madre que era una mala semilla?

El párroco me trajo finalmente una sopa y me desató solo el tiempo necesario para que la comiera, aunque con los brazos atrofiados y las manos temblorosas casi todo cayó al suelo. Me dijo que estaban esperando a un enviado de la Santa Inquisición y que llegaría en una semana. ¿El inquisidor? Por Dios, ¿tan grande era lo que había pasado?

Sin embargo, al día siguiente vinieron a buscarme. Me arrastraron de los brazos, demasiado debilitada para caminar, y me arrojaron en el centro del juzgado: un techado con paredes de paja y barro, grande y fresco en ese día de calor agobiante. Toda la gente de los alrededores estaba allí. El alcalde, el párroco y un hombre que no conocía, vestido de negro, con la cabeza y casi





toda la cara cubierta por una capucha —que supuse que sería el inquisidor—, serían mis jueces.

Se imaginarán que iban a juzgarme por brujería. En realidad, no. Para nada. Todavía faltaba siglo y medio para que se desatara esa locura, y lo recuerdo muy bien porque me supuso un problema bastante molesto. Me juzgaron por herejía.

La primera que se adelantó a dar testimonio fue Augustine. Dijo que yo la había obligado a robar una bota de vino de su tío —sí, el tabernero era su tío y ella se acostaba con su primo; no era tan raro, en verdad, más raro era encontrar a alguno que no fuera tu pariente— y les había propuesto reunirse en el bosque para adorar otros dioses. Que me había burlado del rito católico y, luego, cuando ellas se habían negado, había convertido el vino en sangre y las había forzado a tomarlo.

Un murmullo de espanto corrió por toda la sala y escuché claramente al párroco gemir: «¡Cátaros!».

La siguiente que dio testimonio fue Madelaine, jurando por el alma de su padre que todo lo que Augustine había dicho era verdad y que yo había profanado el suelo consagrado teniendo sexo en él. Además, agregó que mi sangre lunar era demoníaca porque era imposible lavarla de las telas.

La siguiente fue Alyse, que no solo dijo que yo había tenido sexo en el cementerio, sino que lo había hecho muchas veces y que había intentado obligarla a ella a someterse haciéndome crecer un miembro viril, pero que ella había logrado escapar porque, al rezar el *Pater Noster*, yo había retrocedido gritando. La gente ya estaba alterada y empezó a exigir que me colgaran.

Después de esos tres testimonios, cabía preguntarse por qué esas tres imbéciles aceptarían siquiera reunirse en el bosque a beber vino conmigo, ¿verdad? Y entonces llamaron a Bathilde. Avanzó, y yo suspiré. Al fin. Al fin Bathilde.

—¿Has estado con esta joven en el bosque?

—Sí, señor.

—¿Estás relacionada con ella de alguna manera?

—Es mi prima, señor.



—Cuéntanos qué ocurrió esa noche.

—En realidad... no lo recuerdo tan bien.

—Recuerda —le ordenó.

—Fue... Teníamos una bota de vino para compartir. Habíamos quedado en el antiguo tejo para reunirnos a beberla.

Sonreí, aliviada, agradeciendo al Cielo que existiera Bathilde. Al fin alguien hablaría en mi favor.

—Continúa —insistió el párroco.

—Entonces... —titubeó—. Ella comenzó a hacer unos bailes extraños. Como... pecaminosos, y luego se burló de la Eucaristía, señor —murmillos en la sala— y convirtió el vino en sangre para forzarnos a beberlo.

¡Maldita!

—Luego invocó al demonio, y él mandó un rayo para matarnos. Prendió fuego el bosque y, cuando quisimos escapar, convocó un viento tan fuerte que no nos dejó movernos. En sus ojos brillaba la llama del diablo, y cuando llegaron los hombres corriendo, sintió temor, y entonces el buen Señor nuestro Dios mandó la lluvia, porque Dios siempre vence sobre el demonio... Señor.

Hija del demonio, mala prima y porquería de amiga. Si realmente hubiera estado aliada con el diablo, le hubiera echado una maldición en ese mismo momento.

Los asistentes estallaron en gritos furiosos. Empezaron a gritar que me quemaran en la plaza.

El párroco miró al inquisidor que, por primera vez, se apartó un poco la capucha para verme con atención. Luego la devolvió a su posición anterior.

Finalmente, llegó mi interrogatorio público. Esperaba tener que defenderme de todas las acusaciones que me habían hecho, por lo tanto, me descolocó la primera pregunta del párroco:

—Jeanne Duchêne, ¿estás relacionada con la secta conocida como de los cátaros?

—¿La qué? —pregunté.

—Sí o no.



—¿No? —medio respondí, insegura porque ni siquiera sabía de qué me hablaban. ¿Qué era una secta? ¿Qué era un cátaro? ¿Era algún tipo de comida? ¿Explicaría la densidad de mis ciclos lunares y la capacidad de convertir el vino en sangre? Por un instante, imaginé que el vino se había convertido en mi sangre lunar, y que las idiotas habían bebido eso, y sonreí.

Un consejo: si alguna vez enfrentan un juicio por herejía, intenten no sonreír como una imbécil luego de una pregunta comprometedora. El cura se puso pálido y se santiguó.

—¿Consideras —continuó el párroco— que el vino puede transformarse en la sangre de Cristo?

¿Qué debía responder? Sonaba a que había una trampa en algún lado. Pero, diablos, me estaban condenando por haber hecho justamente eso. Debía negarlo.

—No.

La cara del cura me dejó ver que era la respuesta incorrecta. Un murmullo de «Uhh» y «Ahh» recorrió el lugar. Los demás campesinos tampoco sabían de qué demonios hablaban, pero querían que pareciera que sí. El párroco secreteó con el inquisidor, que hasta ese punto no había hablado y no lo hizo tampoco en ese momento. Solo realizó un gesto de aprobación.

—¿Estarías dispuesta a comer carne?

Esa respuesta sí la sabía, porque estábamos en cuaresma y la carne estaba prohibida.

—No, desde ya que no.

Pero no, por lo visto, también eso había estado errado. Negó con la cabeza.

—¿Has mantenido relaciones carnales con algún hombre?

Por lo menos esa tenía una respuesta obvia: negar todo.

—No. Nunca. Y me mantendré casta toda mi vida.

O eso creía mi madre.

Les juro que nunca vi a alguien palidecer tan rápido como lo hizo ese sacerdote. ¿Qué cuernos le pasaba? ¿No era eso lo que debía responder? El párroco, el alcalde y el inquisidor conversaron entre ellos, aunque, a decir verdad, el inquisidor no habló.



—¡Qué se acerque la señora Duchêne! —dijo la voz atronadora del alcalde.

Se produjo un murmullo seguido de un silencio incómodo. Finalmente, tras una eternidad, mi madre avanzó a paso lento hacia el frente de la sala. Era la primera vez que la veía desde mi huida y no me miró siquiera al pasar junto a mí.

Esperen, esperen. Esperen. Voy a tener con ustedes una cortesía que nadie tuvo conmigo y voy a explicarles qué era todo eso de los cátaros. Los cátaros fueron una secta —esto supongo que ustedes sí sabrán qué es— en la zona de Languedoc. ¿Recuerdan? Es donde vivíamos y estaba anualmente la feria en la que vendíamos nuestra cosecha. Nosotros íbamos a Beaucaire; casi todo el mundo iba, hasta el punto de que había una zona para que se alojaran los feriantes y no entraran en la ciudad. Tenía el puente más bonito que puedan imaginar y los *pied-poudre* que azotaban a los niños que robaban fruta —como Milon y yo, pero solo si lograban atraparnos, y nunca lo habían logrado—. Resulta que esa gente pensaba que el mundo había sido creado por Dios, pero también por Satán —los cátaros, no los feriantes—, que de Dios era todo lo espiritual y de Satán, todo lo palpable. Por lo tanto, consideraban la Eucaristía una aberración, no comían carne y eran estrictamente castos, porque tener hijos era encerrar un alma pura en un cuerpo corrupto. ¿Van entendiendo ya lo mal que había contestado mis preguntas? Nosotros no sabíamos nada de ellos, pero entre la nobleza y el clero se hablaba mucho del tema porque se estaban volviendo una gran amenaza a medida que ganaban adeptos. Unos años después, el Rey ayudaría a destruirlos, pero aquí, en mi juicio, cuando les cuento, estaban un poco sensibles. Listo, fin de la lección de Historia, creo que ya todos pueden comprender cómo me estaba yendo en ese juicio.

—Ysarie Duchêne. ¿Eres tú la madre de esta joven?

—Tengo la desgracia de haberla parido —respondió madre—, pero la rechazo como hija y no quiero tener nada que ver con ella ni con su destino.



—¿Tu hija —enfaticó el alcalde con malicia— ha recorrido Languedoc?

Mi madre comenzó a transpirar por la nuca, como siempre que se ponía nerviosa.

—¿Recorrido? No... Todos los años vendemos nuestros productos en la feria de Beaucaire, señor. Mi esposo...

—¿Tu hija —insistió— ha escapado de tu control alguna vez, estando en Beaucaire?

Madre empezó a respirar demasiado. Me miró, por apenas un instante, y debió haber imaginado que en cualquier momento le tocaría ocupar mi lugar.

—Ella... —titubeó—. Ella siempre ha escapado de mi control. He sido... ¡He sido maldecida con ella! —Se echó a llorar—. Luego de que nació mi hijo, engendré nueve veces, pero todos mis niños fallecieron en mi vientre o apenas salían de él. Entonces... Lo confieso, señor, entonces visité a una mujer, una curandera..., y ella me dijo que bebiera un preparado y mi hijo nacería fuerte y viviría, y luego me abrazó... Inmediatamente concebí. Y el Señor me ha castigado por mi debilidad, por mi pecado y por recurrir a esa impía mujer en lugar de a Su piedad todopoderosa. —Lloró—. Y he parido a este ser que encarna mi pecado. ¿No ven sus senos? ¿Sus enormes y lujuriosos senos? No la siento mía, señor, nunca he sentido que sea mía. Es una mala semilla, la encarnación del diablo, y estoy segura de que es la culpable de la muerte de mi verdadero hijo, Milon.

Eso fue más de lo que podía tolerar. Las lágrimas que temblaban en mis ojos se transformaron en ira, y esta pudo más que mi debilidad. Me puse de pie justo en el momento en que un viento azotó la puerta.

—¡No pueden escuchar a esta mujer! ¡No pueden tomar su testimonio! ¡Esta mujer me odia!

—¡Silencio! —me gritó el alcalde.

—¡Desde que nací, lo único que ha querido para mí es la muerte que tuvieron sus otros hijos, y me odia porque he vivido!



—¡Eres un error! —me gritó mi madre, y el fuego de la antorcha junto a ella creció durante un momento—. ¡Una maldición, nunca has sido más que una maldición! ¡He intentado enseñarte, pero no aprendes! ¡Te he dado mi fe, pero no la quieres!

—¡Nunca me diste más que tu desprecio!

—¡Eres una pésima hija de Dios!

—¡Maldito sea tu Dios!

Sí, eso dije.

Maldito. Sea. Tu. Dios.

En un juicio por herejía.

¿Necesito decirles cómo terminó todo?

Bueno, sí, necesito hacerlo porque es importante para mi historia, pero si no...

Madre se retiró llorando del frente. Los tres jueces discutieron entre ellos y el inquisidor se acercó a mí, que también lloraba, deshecha, en el piso. Toda mi debilidad había vuelto con el peso de un mundo y solo podía pensar en Milon. El inquisidor se inclinó a mi lado, y sus ojos oscuros miraron directamente a los míos.

—Jeanne —me dijo en un susurro, agarrándome del brazo para que le prestara atención—, ¿quieres vivir?

—Sí —lloriqueé.

No me quedaba nada y, sin embargo, la pulsión de vivir es tan fuerte.

—¿Estarías dispuesta a dejar todo lo que conoces y seguirme para no morir?

Como si el día no hubiera sido lo bastante raro, un inquisidor me proponía irme con él. ¿Era una trampa? Como no tenía ni idea de lo que estaba pasando, ya no había estrategias: solo podía responder la verdad.

—Haría lo que fuera para no morir.

El inquisidor asintió y volvió al estrado. Conversó un poco con los otros tres, y me aferré a la esperanza como a un clavo ardiente, con los ojos nublados de lágrimas, la mente desfalleciendo de hambre y el corazón roto. La discusión terminó y me pusieron de



pie. El murmullo de la sala se acalló por completo. Tragué, con mucha dificultad. Tenía tanta sed.

—Jeanne Duchêne... —En el silencio pude escuchar las chicharras que retozaban al sol, ajenas a todo eso—. Has sido sometida a un juicio justo y has sido hallada culpable de herejía. Este jurado te condena a morir en la hoguera mañana al amanecer.

Perdí el aire del pecho y busqué con frenesí los ojos del inquisidor que acababa de ofrecerme vivir, pero no los encontré. Dejé escapar un gemido mientras los vítores y aplausos de todas las personas que me habían visto nacer y crecer tapaban el sonido de las chicharras. Caí de nuevo al suelo y, sin demasiada conciencia de lo que pasaba, me arrastraron por los brazos, pelándome las rodillas contra los pedruscos del camino hasta llegar al tronco. Allí volvieron a atarme, y ni siquiera me resistí. Todos se fueron rápido, ya que era menester conseguir ramas y paja, mucha paja.

La noche cayó sobre mí, pesada y silenciosa. Me habían traído agua, y la había bebido porque tenía sed. Me habían dado algo de pan, y lo había comido porque tenía hambre. Todas esas actitudes dignas y heroicas que uno puede creer que tendrá enfrentando a la muerte son pura basura cuando estás débil y atada a un palo, y están por prenderte fuego.

No pude dormir en toda la noche. Miraba la luna atravesar el cielo, pensando en que sería la última vez que la vería. Quise aferrarme a cada respiración, a cada latido de mi corazón, a cada temblor provocado por el frío nocturno.

Mis amigas me habían condenado. Mi prima me había traicionado. Mi madre había ajustado la soga alrededor de mi cuello —o debería decir encendido la paja—. Mi padre ni siquiera había intervenido. Tenía unos catorce o quince años, y nadie que me amara ni siquiera un poco. ¿Para qué diablos quería vivir?

Pero recuerdo que, mirando la luna, que atravesaba solitaria y orgullosa el cielo, me prometí que, si por algún milagro llegaba a salir viva de esa situación, nunca más volvería a confiar en





nadie. Nadie volvería a hacerme daño. Sería orgullosa, poderosa y solitaria como la luna, y no volvería a necesitar a nadie más.



Amaneció. El movimiento animado de la gente de la zona se percibía en el aire, aunque no pudiera verlo. Verán, en Saint-Philippe, rara vez pasaba nada, casi nunca había un juicio y, si lo había, era porque alguien había cambiado gansos enfermos por una tela, porque un campesino había corrido las estacas que marcaban el límite de sus tierras o a lo sumo se enjuiciaba a algún cerdo por haber matado a un niño. Es decir que una culpable de herejía era lo más emocionante que había pasado en la vida de todos. De modo que el alcalde y el sacerdote habían decidido convertirme en un espectáculo ejemplar.

Lo lógico hubiera sido que me ahorcaran: la hoguera era algo que nunca se hacía, sencillamente porque era caro. Mucha paja, madera o mimbre. Pero los cristianos querían sangre, gritos y dolor. Porque, ya saben, Dios lo demandaba. Por eso, los gobernantes les habían dado lo que querían y todos se preparaban como para una fiesta. Mientras me conducían en un carro de heno hasta el cadalso, porque ya no tenía fuerzas para caminar, y me arrojaban cosas podridas y me insultaban quienes habían jugado conmigo de niña y me habían dado dulces, tuve la miserable satisfacción de que mi padre y mi madre tendrían que pagar mucho más por mi ejecución que si me hubieran ahorcado.

El carro llegó a la plaza y, cuando dejaron de arrojarme cosas, levanté la cabeza y busqué al inquisidor por todas partes. Durante toda la noche había abrigado la esperanza de que me salvaría a último momento, de que me desataría y me llevaría lejos a mitad de la noche o frenaría este espectáculo bárbaro hablando de la piedad y el perdón de Cristo. Pero se había ido.

¿Acaso sus preguntas habían sido una prueba y no un ofrecimiento? ¿Acaso importaba ya?



Una vez más me ataron a un tronco. Realmente era una cantidad inmensa de paja. Alcanzaba casi una vara de alto. El sacerdote habló de la purificación por el fuego, de que me arrepintiera de mis pecados, del perdón de Dios. Yo no le presté atención.

Mientras luchaban contra el viento para encender la antorcha que prendería fuego la paja, pensé en la muñeca que me había hecho Milon y su sonrisa al contarme de su amor de Beaucaire. Pensé que él me hubiera defendido, y luego pensé que estaba por volver a su lado.

Eso me dio un consuelo que no me habían dado las malditas oraciones del sacerdote que estaba por quemarme viva.

Encendieron el fuego, y mi gente estalló en vítores. Lo encendieron una, otra, otra y otra vez, en cuatro puntos, y luego se alejaron para no correr peligro. Las llamas se extendieron rápido por la paja, pero no estaba tan seca como debería haber estado. Comenzó a echar muchísimo humo, que me hizo toser más de lo que creía posible. Deseé desmayarme antes de que las llamaradas me lamieran el cuerpo. Comencé a sudar la poca agua que me quedaba en el cuerpo mientras mis ojos intentaban estallar y mi pecho colapsaba en toses irrefrenables. Los gritos de los aldeanos, «¡Hereje! ¡Maldita! ¡Judía!», aún se oían a través de la humareda, pero era imposible verlos porque el humo denso y negro era demasiado. Comencé el último acceso de tos, sintiendo el pecho contraído, y sentí un chasquido. Caí de rodillas. Apoyando las manos en el suelo, me desgañité en toses, logrando tomar algo de aire fresco casi de milagro.

¿Por qué había caído si estaba atada? ¿Aire fresco, rodeada de fuego? ¿Había muerto?

Abrí los ojos, y el fuego había desaparecido. La gente había desaparecido. La plaza había desaparecido. El aire era diáfano y limpio y, aunque aún podía olerse el humo, estaba en las afueras del bosque. Viva. Libre. Y absolutamente desnuda.

—¡Ejem! —Escuché un carraspeo a mis espaldas.



Me di vuelta con violencia, cubriéndome las partes con los brazos, y me encontré frente a frente con el inquisidor. Se había descubierto la cabeza, era mucho más joven —y atractivo— de lo que había pensado, y extendía hacia mí un vestido color durazno, mirando cortésmente al suelo.

—¿Qué? —llegué a preguntar con la garganta lastimada por el humo.

—Dijiste que querías vivir.

Lo miré en silencio y con mi tonta boca abierta. Se llevó un paño a la nariz, y recordé que debía oler muy mal. Me avergonzó por un instante, sin embargo, en ese momento estaba limpia. Cuando se sacó el pañuelo, vi que estaba manchado de sangre.

—Vístete —me extendió de nuevo el vestido— y te lo explicaré.











## 2

### DE CÓMO ME ENTERÉ DE QUE ERA MAGA E INICIÉ MI EDUCACIÓN , APRENDÍ ALGO DE MÍ Y DI CON UN NOMBRE

**E**l carro avanzaba dando tumbos de un lado a otro del camino. A mis espaldas, lejos, seguía viéndose el humo de la fogata en la aldea. ¿Ya habrían descubierto que no estaba?

—Puse un cadáver en tu lugar —dijo el inquisidor, como si leyera mi mente—. Y tu ropa ha quedado allí. Humedecí la paja para que hiciera mucho humo, no han visto el cambio. Nunca descubrirán que no eres tú. Tú, Jeanne Duchêne, has muerto.

—¿Quién soy entonces?

—Por ahora no eres nadie. Eres una recién nacida.

Nada tenía sentido hacía varios días, de modo que sumé eso a la lista. Después de todo, no hubiera querido regresar con una madre que me había enviado al cadalso y me había acusado de matar a Milon. Milon... Quedaba para siempre lejos su cruz de madera tallada, los recuerdos compartidos y mi muñeca. Todo lo que había sido quedaba atrás. Mi infancia. Mi nombre.

Reprimí una exclamación involuntaria cuando llegamos al límite de lo que conocía. Si pasábamos ese punto de la carretera hacia el norte, definitivamente estaría comenzando algo nuevo. El inquisidor se detuvo y me miró. Ya era la segunda vez que parecía leerme el pensamiento.

—¿Su merced sabe lo que pienso?





Rio con calidez.

—Lo intuyo. Soy un *traqueur*. Y un *recruteur*. —¿Qué cuernos era eso?—. ¿Hasta aquí conoces?

—Sí.

—¿Estás dispuesta?

—No tengo otra cosa.

—No eres la primera que ha comenzado así. —Sonrió.

¡Qué guapo era!

Y agitó las riendas.

Cuando cruzamos el límite imaginario entre el mundo conocido y el mundo inmenso e inabarcable, sentí que se levantaba de mi pecho un peso al que estaba tan acostumbrada que ya no lo sentía. El alivio fue instantáneo. Respiré profundo y miré en derredor. Era un día tibio que presagiaba la llegada pronta del otoño, pero aún era acogedor y luminoso.

—¿Puede explicarme qué está sucediendo?

—Eres maga.

El terror volvió a invadirme y consideré la posibilidad de arrojarme del carro en movimiento. Se veía peligroso. ¿Y a dónde iría?

—No lo soy. ¡Juro que no lo soy! Ha sido todo un error.

—Has convertido el vino en sangre. Has convocado un rayo cuando te aterrorizaste. Un viento que impidió a tus amigas abandonarte. Has convocado la lluvia que apagó el fuego. Son los cuatro elementos. E hiciste crecer el fuego de la antorcha junto a tu madre cuando te acusó.

¿Lo de la antorcha lo había hecho yo? Dios sabe que hubiera querido prenderla fuego en ese momento.

—Fue casualidad.

—No fue casualidad. Fue tu revelación. Estás en la edad. Muchos se revelan sin que nadie lo note o son colgados. Afortunadamente, sentí tu revelación y vine por ti.

—¿No convocaron a su merced para el juicio?

—Convocaron a un inquisidor. Supongo que ya debe haber despertado y notado que le faltaba su ropa.



—¿No es el inquisidor?

—Soy un mago. Y puedes tutearme. Por favor.

Hice un largo silencio mientras él, tranquilo como un perro viejo, disfrutaba de la caricia del sol en el rostro y el paisaje.

—Qué bonito es por aquí.

—Me parecías joven para inquisidor.

—En realidad tengo doscientos setenta y... siete años.

*D'accord.* Estaba con un total demente.

Sacó de un bolso unas ciruelas y me ofreció una. Acepté sin dudarle. Estaba famélica.

—¿A dónde vamos?

—Al *aos dara*. Al castillo de los reinos.

—¿De los reinos?

—Eres maga. Eso significa que tienes la capacidad de manejar y manipular la magia del mundo. Pero para eso debes aprender, y el castillo es el primer lugar donde aprenderás. Hay muchos magos como tú y como yo. También hay muchos magos distintos a nosotros. Son los magos de los clanes, que utilizan la magia sin medir el desbalance. La nuestra es la magia de los reinos.

¿La magia de los reinos? ¿Qué demonios haría frente a un rey? Empecé a imaginar cómo comportarme, cuando de pronto me di cuenta. Eran reyes... ¿y eran magos? ¿Los mismos que habían visitado al Señor Jesucristo? Si él, viéndose tan joven, tenía tantos años, ¿qué podía impedirlo?

—¿Cuántos son los reinos?

—Tres, claro.

Dios mío. Dios mío, ¿iba a conocer a los reyes magos?! ¿Iba a conocer a tres hombres que habían conocido a Cristo? Me faltó el aliento. Al instante quise preguntarle absolutamente todo.

—Estamos yendo al castillo de los reinos, no puedo decirte más. —Carajo con su costumbre de leerme la mente—. Allí aprenderás todo lo que necesitas saber. Yo soy solo un *recruteur*. Un reclutador. Estoy conectado con la magia del mundo. Una revelación moviliza muchísimo los elementos y cambia las vibraciones de la magia del mundo. Los *recruteurs* somos *traqueurs*,



es decir, que somos intuitivos y especialmente sensibles a estos cambios. Recorremos el mundo ida y vuelta de forma constante, intentando encontrar nuevos magos. No es frecuente, pero... ¡Oye! —gritó de pronto, sobresaltándose. Dio un mordisco a la ciruela y habló con la boca llena—: ¿Tú conoces al *poverello d'Assisi*? El pobrecito de Asís. Solían llamarlo Francesco, pero ahora le dicen así. Aunque en realidad se llama Giovanni, quién sabe cómo se llamará mañana. De niño ha visitado los mercados del Ródano con su padre, que era comerciante. Pensé que quizás podías conocerlo.

Me quedé mirándolo fijo.

—Olvidalo. Hubiera sido demasiada casualidad. Era rico, pero ha tenido visiones, se ha hecho monje y ha abandonado su fortuna y su herencia para vivir en la pobreza absoluta.

—Qué idiota. ¿Tienes otra ciruela?

—Son tuyas —me dijo, pasándome una.

—¿Quieres decir que no vas a comerlas?

—No, quiero decir que las robé de tu tierra. Realmente son tuyas.

—Oh...

—Es un hombre que valía la pena ver. En realidad, ahora que lo pienso, ha pasado bastante tiempo. ¿Seguirá vivo? No, creo que no. Los hombres lo seguían y los animales, también. Y él les hablaba, y ellos lo entendían. Y en la ciudad de Gubbio se enfrentó a un terrible lobo que no paraba de matar a los habitantes. Pero luego de que él le habló, el lobo se serenó y pasó a vivir en Gubbio, sin hacer daño a nadie hasta que murió de viejo.

—¿Era un... como tú?

—O como tú misma, quieres decir. No. —Escupió el carozo de la ciruela al camino—. Él no. Lamentablemente, solo un *demi*. Era un medio mago. Podía movilizar la magia del mundo, pero no controlarla. Una verdadera pena.

¿Y si eso era yo? ¿Y si no podía controlarla? No se había llevado a ese tal Francisco. ¿Me dejaría a mí también?

—¿Qué pasa si no sirvo para esto?



—¿Para qué?

—Para mover... magias y vibrar cosas.

Rio. Azuzó al caballo, que comenzó a avanzar cuesta arriba de una colina baja con un trote más rápido.

—¿Qué te hace pensar que no servirás?

—Nunca he sido buena en nada. ¿Qué pasa si no sirvo para esto?

Pensó unos instantes.

—Te mataremos.

—¡¿Qué?!

Lanzó una carcajada.

—¡Estoy bromeando! Estoy bromeando, tranquilízate. No somos el clan del fuego. No te preocupes, creo que darás que hablar.

Sí, ese parecía ser mi rasgo principal últimamente: dar que hablar. Creía que en cualquier momento me despertaría porque esto no podía estar pasando. Yo era una campesina. No era maga, no era *cruteur* y mucho menos *recruteur*. Sabía de los tiempos de la cosecha, cuándo había que sembrar el trigo y cuán profundo debía ser el canal. Sabía guisar animales pequeños y pelar nabos. Sabía limpiar cazuelas y lavar ropa (y creo haber mencionado que lo hacía mal). No sabía nada de lo que este hombre me estaba diciendo. Yo no era maga. Y cuando se diera cuenta, me mataría él también.

—No me respondiste. ¿Qué pasa si no sirvo? ¿Qué pasa si yo también soy media maga, o ni siquiera? ¿Qué tal si todo fue casualidad?

—Si no sirvieras, podrías quedarte en el castillo haciendo las tareas domésticas.

—Fabuloso —gruñí.

—Pero eso es para quienes no tienen poder. Tú sí lo tienes. Siempre hay trabajo para alguien con poder. En tu revelación movilizaste todos los elementos. Tranquila. Creo que te lucirás.

—¿Y si no?

—Bueno... entonces sí te mataremos.



No logré darme cuenta de si bromeaba o no. Tras un rato de silencio, tuve que decidir que sí.

—¿Cómo te llamas?

—Oh, disculpa. Me llamo Marcel. ¿Tenías otro nombre además de Jeanne?

—Solo Jeanne.

—Está bien, pero ¿tus padres te han puesto un nombre secreto que solo ellos y tú conozcan?

—¿De qué hablas?

—Maldita sea —gruñó, y escupió un resto de hollejo—. Los cristianos han olvidado todo.

¿Él no era cristiano? ¿Acaso sería judío? Nunca en mi vida había visto a un judío, pero me habían dicho que tenían colmillos y grandes narices, ojos oscuros en los que brillaba el mal y ropas extrañas. Marcel no tenía nada de eso. Pasó un rato en silencio, ceñudo.

—El nombre es la posesión más sagrada de un mago, su secreto mejor guardado. El nombre, el cabello y la sangre. Quien tenga alguna de estas cosas puede hacerte mucho, muchísimo daño.

—¿Tú puedes hacerme mucho daño?

Asintió, algo incómodo.

—Lo que los padres y madres deberían hacer es ponerte un nombre íntimo, con el que solo tú y ellos te conocieran, y luego decirles a los demás otro nombre. Pero tu nombre verdadero tiene que estar anclado en tu corazón, debes haberlo mamado de niña. ¿Solo tienes el que conoce todo tu maldito pueblo?

Me agradaba este hombre. Maldecía como quería hacerlo yo y mi madre nunca me había permitido.

—¡Sí, maldita sea!

—En ese caso, ese deberá seguir siendo tu nombre secreto. Nunca vuelvas por ahí... No se lo digas nunca a nadie, salvo que estés realmente dispuesta a poner tu vida en sus manos. Habrá que buscarte un *nom de sorcière*.

—¿Un nombre de maga? ¿Cuál?



—Ya lo encontraremos... ¿Por qué no duermes un poco, aprendiz sin nombre?

Y, cuando me dijo eso, caí en la cuenta de lo agotada que estaba. El carro llevaba algunas pertenencias de Marcel y unas mantas. Se veían confortables. Apoyé la cabeza sobre mi brazo, recostada arriba de las mantas, y cerré los ojos. Me pregunté si sería seguro dormir junto a un desconocido. Luego pensé que lo peor que me podía pasar era despertar desnuda y con él encima, y esa perspectiva me agradaba. No lo había disfrutado la primera vez, pero por él valía la pena volver a probar. Sin embargo, eso solo duró unos instantes, hasta que caí en un sueño profundo.



Desperté al día siguiente. Marcel me dijo que era por el cansancio de los días presa, pero también porque me había transportado desde la hoguera, y eso cansaba mucho. Paramos en una taberna y comimos el guisado más rancio y delicioso que había probado en mi vida. Sabía a libertad. Luego de dos noches en dos posadas distintas, me resigné a que no iba a intentar propasarse conmigo. Una pena.

Marcel tenía momentos de hablar sin parar y contarme de todo, riendo como un tonto, y otros en los que parecía olvidar que yo siquiera estaba allí. Aprendería luego que era algo típico de los *recruteurs*, que pasaban largos años recorriendo los caminos absolutamente solos.

Yo aprovechaba esos momentos para tumbarme en el carro a mirar el cielo. Los árboles. Las montañas, los ríos, los caminos. Las ciudades, a lo lejos. Había vivido al aire libre toda mi vida, pero nunca me había dado cuenta de que no podía respirar a mis anchas. Y no solo por la faja que me ceñía los pechos.

Me llamaba «aprendiz sin nombre» y cada tanto ensayábamos *noms de sorcière* para mí.

—¿Ursule?

—¿Eso es un nombre? Parece una enfermedad.



—Entonces no.

—¿Cécile?

—¿Qué te genera?

—Lo amo. Siempre quise llamarme así.

—Entonces no. No puedes tener un gran apego con tu *nom*. No puede reemplazar al original en tu corazón o se volverá tu verdadero nombre. Piensa otro. ¿Qué tal Bathilde?

—¿Mi maldita prima? ¿No prefieres Judas? ¿Qué tal Lorraine?

—Lorraine rima con *putain*.

—Diablos, no lo pensé. Insisto con Cécile.

—Cécile rima con *couille*.

Lo que significaba «testículo».

—¿Por qué eres así?

—Solo digo.

—¿Helène?

—Ya está muy usado.

A medida que nos acercábamos al castillo, Marcel aceleraba el paso al caballo y podía ver que quería llegar cuanto antes. Lo vi sonreír con satisfacción cuando comenzamos a internarnos en un bosque denso. La yegua aceleró el paso.

—Estamos cerca.

El bosque era mágico. Ya lo sé: es una historia de magos, estábamos llegando al castillo de los magos, era un bosque mágico. No me refiero a eso, sino a la luz dorada de la tarde, la forma de los árboles, los insectos que cruzaban rápidamente los rayos del sol; los ruidos me hacían sentir que atravesaba un sueño. Parecía que la luz flotaba en el aire. Había árboles verdes de musgo, y otros con formas retorcidas que recordaban animales o rostros. Un árbol ascendía, inmenso, su tronco recto, y arriba la copa caía como una lluvia perfecta y paralizada en el aire.

El sol iba bajando con lentitud y proyectaba sombras largas sobre el suelo cubierto de hierba. Atravesamos un claro, en el centro del cual había un árbol, o un arbusto grande, con bayas negras.

—Detente. Marcel, detente.



Marcel tiró de las riendas, la yegua se detuvo y comenzó a comer. Sentí que el árbol tiraba de mí y me volví a mirarlo. Cuando parpadeé, en ese instante, sentí una punzada de angustia y sufrimiento, que desapareció con la misma fugacidad.

—¿Qué es ese árbol?

—Un saúco. ¿Los conoces? Debes cuidarte de ellos. Nunca cortes sus ramas. Sus bayas son venenosas y tienden a encerrar espíritus. —Tuve un escalofrío—. Vamos, se hará de noche.

Chasquéo la lengua y volvimos a andar. Llegó un momento en que el bosque se volvió tan denso que ya no pudimos avanzar con el carro y tuvimos que seguir a pie, moviendo el carro hacia un lado y hacia otro cuando quedaba trabado. Se nos había hecho tarde y el sol había caído. Normalmente, disfrutaba mucho el atardecer, me sentía más viva por la noche, pero en el medio del bosque los aullidos de los lobos me estaban aterrando. La yegua estaba muy nerviosa. Bufaba y tenía las orejas alerta.

—Aquí está. El primer muro.

Estábamos frente a una pared de piedra invadida por plantas trepadoras.

—¿Hemos llegado?

—Es el muro que marca el límite entre el segundo y el primer anillo de bosque. Estamos cerca. Vamos hacia allá.

Comenzamos a seguir la pared hacia la izquierda. Los ruidos del bosque me estaban dando escalofríos mientras me preguntaba qué buscábamos. Suponía que algún tipo de puerta. Le pedí a Marcel que nos detuviéramos y hurgué en nuestro saco hasta encontrar el chal de lana que él me había comprado en una posada. Sabía que pertenecía a alguna muerta, pero era el chal más bonito y abrigado que había tenido en mi vida. Ni un hueco.

Entonces la yegua se puso nerviosa. Miró hacia todos lados y comenzó a relinchar, encabritándose. Marcel se puso en posición de alerta, sacando del costado de su cinturón una daga. La yegua no paraba de dar coces, y yo me aparté bruscamente. Le tenía terror a los caballos. Marcel aferró sus riendas.

—Tranquila, Flocon. ¿Qué diablos te sucede?





Yo estaba aplastada contra el muro de hiedra, mirando en derredor, esperando ver ladrones y asesinos, lobos, osos y espíritus atrapados en un saúco. Esperaba ver cualquier cosa. La primera y última vez que había estado de noche en un bosque la cosa no había salido bien para mí.

—Deben ser lobos. ¡Cálmate, Flocon! ¡Tranquilízate! No los veo.

Pero la yegua estaba tan alterada que dañaba el carro con sus coces y amenazaba con dejar inconsciente a Marcel. Él guardó su daga y sacó una vara de madera que nunca había visto antes. La apoyó sobre el lomo de la yegua y cerró los ojos. Comenzó a susurrar palabras en un idioma incomprensible y, de pronto, con un chasquido, el carro y el caballo desaparecieron.

—¡¿Cómo diablos hiciste eso?!

—Es... Magia.

Se detuvo un momento, guardó la vara y sacó de su manga un paño que se llevó a la nariz. Le estaba cayendo sangre.

—¿Qué te sucede?

—Transportar es una magia agotadora.

—¿Qué pasó con el caballo?

—Está esperándonos en las afueras del castillo. Nadie puede transportarse dentro del castillo de los reinos. Su presencia avisará a la gente que estamos aquí y que ha pasado algo. Sigamos, aprendiza sin nombre. Si algún peligro debe alcanzarnos, ya lo hará.

No tardó mucho. Habíamos buscado la maldita puerta por cuatro instantes, y sentimos un gruñido a nuestras espaldas.

Un grupo de lobos nos rodeaba, como una media luna, a pocas varas de distancia. Eran enormes. Siempre había creído que se parecerían a perros, pero eran mucho, mucho más grandes. Sus ojos amarillos me sobresaltaron, sus lenguas colgaban entre sus dientes filosos. Marcel se puso delante de mí y volvió a sacar la daga.

—¿Vas a usar una daga? Maldita sea, ¿no puedes usar tu magia?



—No usamos magia si no es menester. Y nunca jamás se usa para matar. Confía en mí.

Dio unos pasos temerarios hacia ellos, con el arma en alto.

No sé qué me poseyó en ese momento. Una inmensa confianza. Y paz. En lugar de quedarme pegada a la pared de piedra y dejar que Marcel me protegiera, comencé a caminar. Rodeé a Marcel y seguí acercándome cada vez más a los lobos.

—¿Qué demonios haces? ¿Qué haces, aprendiza? ¡Aprendiza! ¡Maldita seas, Jeanne, ven aquí! —gritaba en susurros, pero yo no lo oía.

Los lobos no hacían nada. No atacaban, no avanzaban ni se iban. Me miraban. Y yo a ellos. A cada uno de ellos, a los ojos. Dejé caer el chal. Respiré profundamente el aire frío de la noche y me senté en el suelo.

—Maldición, ¡ven aquí! —gruñó Marcel.

Y entonces los lobos, todos ellos, comenzaron a acercárseme con paso lento. Comenzaron a olfatearme, a rodearme. Sus pelajes cálidos me frotaban y me reconfortaban, aislándome del frío. Uno de ellos mordisqueó con delicadeza mi oreja. Hundí la cara en su cogote y aspiré su olor. Era hermoso. Escuché, a lo lejos, como si fuera en otro mundo, caer la daga de Marcel.

Acaricié las mandíbulas de dos de ellos contra mis propias mejillas. Me sentía feliz. ¿Cómo podía haberles tenido miedo?

Un movimiento brusco a mis espaldas los puso en guardia de nuevo. Le gruñeron a Marcel, que había recogido el arma. Me empujaron con sus cuerpos, intentando protegerme de él.

—Oye. Oye —susurré al líder de la manada, acariciando su mandíbula y acercando mi frente a la suya. Lo miré, y miré a todos, erguida sobre mis rodillas—. No le hagan daño, ¿de acuerdo? Es amigo.

Me miraron un instante, como si sopesaran mis palabras, y uno a uno fueron retirándose. Sentí frío cuando todos se internaron en el bosque. Busqué en el piso húmedo mi chal y me envolví con él. Giré para mirar a mi compañero de viaje, que me observaba con los ojos muy abiertos.



—Ha sido lo más... asombroso y estúpido que he visto en mucho tiempo.

Cobré conciencia de que acababa de acercarme a los feroces y enormes lobos, sentarme en el suelo y manosearlos.

—¿Qué... me ha pasado?

—Creo que has encontrado a tu animal de poder... Francisca.

—¿Francisca?

—Francisca, la que calma a los lobos. ¿Qué te parece?

—No me gusta. Pero... De algún modo, siento que me calza bien.

—Eso debes sentir, que te calza. Françoise, Francisca, Frances, Francesca... Te servirá si eres *traqueur*. —Sonrió—. Vamos. Quiero llegar al castillo.

—¿Qué es el animal de poder?

—Todo te será explicado. Camina.

La siguiente muralla apareció antes de lo que había esperado, rodeada de una zanja y con la puerta también desplazada. Tuvimos que rodearla hacia la derecha para encontrarla. Los terrenos del castillo me parecieron inmensos y acogedores. Pero el castillo en sí, la residencia... Por Dios, no puedo explicarlo.

¿Cómo explicar lo que se siente ver un castillo altísimo cuando lo único que has visto en toda tu vida ha sido viviendas no mucho más altas que un hombre, no más grandes que lo necesario para que siete u ocho personas duerman juntas sobre el suelo de paja, con un caballo y un par de cabras? ¿Cómo podría comprenderlo alguno de ustedes?

El castillo tenía por lo menos cincuenta varas de alto, y estaba construido de piedra. Las puertas eran enormes y hechas de madera. Sobre el dintel, tallada en la piedra, había una estrella de seis puntas, dos triángulos cruzados uno sobre el otro.

Nadie salió a recibirnos. Algunas personas que atendían los establos o pasaban por allí saludaron a Marcel de lejos y me miraron con curiosidad.

Entré al castillo con un nuevo nombre.





